

*** DIMENSION
DE LA
POLITICA**

Dr. Belisario Betancur Cuartas

- * Exposición de Belisario Betancur en el "Seminario sobre Cultura- Fe y Política":
Recinto de Quirama : Septiembre 4 de 1987

En todo momento de la existencia humana y de la existencia de las instituciones, es sabio preguntarse por el ser de la sociedad, su origen y su destino. Se descubre así que en la confusión contemporánea, los partidos políticos tienen vigencia en la medida en que se aproximen a la realidad social, a los problemas concretos de la gente; y expresen al menos su voluntad de resolverlos. Porque en definitiva la política es la suma de respuestas a las preguntas que formula la comunidad; por lo cual, la clave para mantenerse en situación, está en el equilibrio entre las ansias populares y las respuestas o propuestas que se les den desde el poder o desde la oposición.

Es un mundo intercomunicado, regido por consumos masivos, condicionado por formas culturales complejas, la conciencia política adquiere también rasgos racionales, concretos; y tiende a salirse de los prejuicios ideologistas.

1. EL FLUJO DIALECTICO

Resulta claro que algunos signos de decadencia en el pensamiento y la cobertura de los partidos tradicionales, -como hecho de tratamiento inescapable en el análisis colombiano,- tienen explicación en las falencias

de su praxis : nadie ignora el hecho de que, aún dentro de sus originales y presentes divergencias, los partidos colombianos históricos siempre afirmaron principios enmarcados en la dignidad humana y en vías institucionales para alcanzar ese objetivo. Pero en la medida en que convirtieron el ejercicio político en fin en sí mismo antes que en medio para exaltar aquella condición humana, sin proponérselo minaban su esencia doctrinaria al alejarla de la satisfacción de las necesidades de la comunidad. La cual, por tanto, perdía fe en los principios y se desentendía de su eficacia.

En otras palabras, el flujo dialéctico del mundo corría más velozmente que la política: quedarse atrás de la evolución del mundo, constituye el primer signo de decadencia. Cuando la ciencia y la tecnología han modificado la fisonomía de la sociedad, la exigencia humana en vez de aminorarse se agiganta. Y este es un hecho que no solo resulta de la expectación en ese ser humano al alcance de bienestar, sino también de la desviación de la capacidad científica hacia propósitos destructivos. En este contexto el armamentismo es por definición una afrenta al sentido humanístico que debe inspirar la praxis política.

2. UNA ETICA DE LA PRAXIS

Por tanto, en la sociedad presente, la política, como ciencia o como ejercicio del poder, adquiere validez cuando da las respuestas que satisfagan las aspiraciones de la gente. Resulta indispensable que más allá de ese objetivo, la política sepa llegar a la urdimbre comunitaria, a su razón de ser y de permanecer. En este sentido, presente y futuro se convierten en las grandes inflexiones que debe conjugar un partido político moderno, como respuesta al sentir colectivo.

Ese sentir colectivo se expresa filosóficamente y políticamente. En el fondo, toda formulación política supone un concepto del ser humano y de la sociedad; es decir, supone una filosofía. Sin embargo es explicable que los partidos políticos y sus ideologías no reconozcan esa filosofía, en parte porque los distrae el inmediatismo electoral; en parte porque los criterios de eficacia por los que se rigen esos partidos, miran las conceptualizaciones como retórica inútil.

Pero si tal actividad política favorece poco la reflexión teórica; si las meditaciones sobre los temas de principio y de concepto pueden entorpecer

la acción política y crear confusiones allí donde se vive más de decisiones que de teorizaciones, en compensación la filosofía ha asumido uno de los temas más complejos y siempre actuales: el problema de la teoría y la praxis, del conocimiento y de la acción. En resumen, el problema de la política y la filosofía.

Consideradas como versión de la identidad entre el conocimiento y la acción, las relaciones entre la política y la filosofía han sido tema de filósofos. No resulta forzado que sean también tema de políticos: en efecto, cuando se trabaja en política visitando pueblos, formando comités, preparando las elecciones, se está filosofando, aunque no lo percibamos como tal; se está reconociendo una ética de la praxis.

Por lo mismo, a quien ejerce la política, a medida que transcurren los años y se acumulan las experiencias, el cuestionario se le vuelve más nutrido y casi angustioso, sobre todo cuando parte de lo que advertía con humor negro un filósofo: que la experiencia no es sabiduría y que la eficacia no es efectividad. Porque el oficio que más alecciona contra la soberbia y la autosuficiencia, es el de la política, el cual, si es avaro en dar ventajas a priori, enseña paciencia, discreción y humildad. Y cuando otorga ventajas, prueba que el poder es esquivo y aparece como un castillo lleno de laberintos en el que, a pesar de la claridad de sus deseos y objetivos, a menudo se encuentran, desolados, gobernantes y gobernados.

Por eso es tan importante que se celebren coloquios de reflexión, foros como éste, presididos por el realismo, no para describir o capturar la quimera, sino para ver hasta dónde la mente humana puede conciliar sus ideas filosóficas y políticas con el mundo circundante, por encima del utopismo y del sentimentalismo con sus cargas de afecto y de odio.

Desde hace muchos años me vengo formulando estas preguntas y dándome respuestas sobre el ser de la sociedad, sobre su origen y su destino. Algunas de esas respuestas las presento con timidez en esta estimulante ocasión.

3. EL QUID Y EL QUANTUM

Empecemos por preguntarnos qué es la política, ese **quid** y ese **quantum** que apasiona a los seres humanos dondequiera que estén, inclusive cuando dicen que no los apasiona: negarlo es una manera de

reconocer esa pasión. Y respondámonos que la política consiste en una serie de respuestas a una serie de preguntas que llegan desde la comunidad.

Por lo mismo, toda ideología política quiere responder a esta pregunta: "¿Cuál es el origen y el fin de la sociedad?" Las respuestas existen en la medida en que las ideologías políticas toman posición frente a la pregunta. Ahora bien, las respuestas de aquellos que se han planteado explícitamente la pregunta sobre el ser de la sociedad, son muy variadas, pero en aras de simplificación, digamos que se reducen a dos bloques:

* ¿ La sociedad es de origen divino o natural ?

* ¿ La sociedad es de origen humano y artificial ?

Los ideólogos del feudalismo y, en general, de las sociedades divididas en castas, explican el ser de la sociedad en la primera forma; los ideólogos de la burguesía forjaron la segunda respuesta en la época del ascenso del capitalismo, como una réplica al orden aristocrático.

Detengámonos en estos dos bloques de respuestas.

4. INVENTO DEL DIABLO

* La primera respuesta, -la sociedad es de origen divino o natural-, está interesada en la conservación de un antiguo orden y en el mantenimiento de relaciones sociales en las cuales la humanidad estaba separada por profundas diferencias jerárquicas. Por lo mismo, dicha respuesta desalentaba cualquier intento de cambio. La sociedad es de origen divino, significaba en el siglo XIV que el orden social imperante -de príncipes, señores y siervos-, constituía la versión terrestre del modo como en el cielo los ángeles, arcángeles y querubines se repartían las plazas disponibles, de acuerdo con el grado de proximidad al Padre Eterno. El orden imperante afirmaba de sí mismo que correspondía a los planes de Dios, que había existido antes idealmente en el espíritu divino y sólo posteriormente se había materializado en la tierra. La miseria se consideraba decisión divina, contra la que resultaba rebeldía satánica sublevarse, puesto que se decía que Dios había dispuesto que los unos tuvieran el cielo desde la tierra, para lo cual les daba como anticipo el dinero; y que los pobres llevaran las cadenas y la miseria para purificarse y aproximarse

al cielo; cuyas llaves menajaban los otros. Recuerdo haber sido educado en la escuela rural de mi infancia, en esta filosofía de resignación, que se expendía en nombre de la tradición política y religiosa, por supuesto calumniando a Dios. El teólogo Reinhold Niebuhr afirma que no hace falta ser antirreligioso para convencerse de que lo político en nombre de Dios, es invento del diablo.

** O se decía que el orden social tiene un origen natural. Esto significa que las funciones desempeñadas por los individuos en la sociedad, funciones que socialmente constituían un destino puesto que provenían en parte de la inscripción en una u otra casta decidida desde el vientre materno y por tarde desde el nacimiento, habían sido asignadas por la sangre, lo que suponía la existencia de unos predestinados por naturaleza al mando y otros predestinados a la servidumbre: era la fundamentación del absolutismo. Las perspectivas del cambio social dependían en un caso -la sociedad es de origen divino- de la modificación de los designios de Dios; en el otro caso -la sociedad es de origen natural-, dependían de la modificación de las leyes genéricas, modificación que resultaba más difícil que cambiar los designios de Dios, que se creían modificables con una rogativa, un voto de castidad o una peregrinación a Canosa.

5. LA ETICA DE LA POLITICA

El segundo bloque de respuestas -la sociedad es de origen humano y artificial-, surgió como actitud frente al señor feudal. Se dijo entonces que las desigualdades del orden social no corresponden a plan divino alguno, ni a diferencias de sangre; que los hombres surgen iguales en la mente de Dios, sólo que cuando entran en sociedad llegan las desigualdades, ya no por designio divino sino por la propia acción humana.

La sociedad es de origen humano: esto significaba que son los hombres quienes, de acuerdo con su aptitud igual o desigual, elaboran los hilos sociales; y se declaran conformes o inconformes con el flujo dialéctico que recorre esa trama social.

La sociedad es de origen artificial: esto significa que el orden social no responde a ningún patrón previo que lo rija necesariamente, sino que es resultado de un acuerdo, de un contrato social según Rousseau; o de esa hermosa artesanía que es la política. Las convicciones de la nobleza feudal eran, así, abiertamente recusadas, tanto las que afirman el origen

divino de todo orden social, como las que consideran que las relaciones humanas se encuentran determinadas por una naturaleza que reparte a los hombre entre castas.

Resumiendo: la primera respuesta a la pregunta sobre el origen del ser social -la sociedad es de origen divino o natural-, afirma la primacía de un orden inscrito en el cielo o en la materialidad del cuerpo sobre los individuos; por tanto, es de acuerdo con un orden divino o natural como la sociedad se organiza y como los individuos asumen sus funciones en ella. La segunda respuesta, - la sociedad es de origen humano y artificial- , afirma la primacía metafísica de los seres humanos sobre el orden social o, más exactamente, de una esencia metafísica igualitaria que precede al orden social aunque puede ser contrariada por éste último.

Es allí donde surge una ética de la política para obrar en busca del bien común, haciendo del diario ajeteo en campos, pueblos, barricadas, un ejercicio que va a expresarse en acuerdos, ordenanzas, leyes, reformas constitucionales, en beneficio de la comunidad.

Tal concepción está en el origen de las ideas libertarias, de las más democráticas. Así, Rousseau, quien afirmaba la igualdad y la libertad natural de los individuos frente a las desigualdades existentes en la sociedad, decía preferir el buen salvaje antes que la humanidad civilizada. Por el contrario, Maquiavelo, quien consideraba que los hombres son malos por naturaleza (sus palabras exactas eran: "son falsos, hipócritas, inconstantes, desleales, ingratos, pusilánimes, envidiosos y llenos del más profundo odio los unos por los otros"), insistía en la necesidad de un poder fuertemente centralizado, de preferencia en una persona encarnada en la figura del príncipe, capaz de utilizar instrumentos de coacción para levantar un orden social con un material humano como el descrito: las bases inmovibles del estado, advertía, residen en tener buenas leyes y disponer de buenas tropas.

De esta concepción se derivan no pocos movimientos políticos modernos, centrados más en figuras vigorosas que en repertorios ideológicos, como ocurría con la Francia de De Gaulle o la Rusia de Stalin o la Inglaterra de Churchill; y como ha sido consuetudinaria ocurrencia en la política latinoamericana.

A partir de cierto concepto de la condición humana, en la corte francesa el uno y en la florentina el otro, derivaban la necesidad de determinado orden social: para Rousseau, la sociedad debía preservar la independencia y la igualdad que caracterizaban originalmente a los hombres; para Maquiavelo, el orden social sólo podría levantarse sobre la base de un poder sólidamente personalizado, ya que de otra manera la maldad inherente a la condición del hombre sumergiría la sociedad en el caos.

De manera parecida, Hobbes, Spinoza y Locke formulaban un ideal de orden social a partir de cierto concepto del hombre. Para Hobbes y Spinoza, los hombres se inclinan originalmente a una lucha de todos contra todos, en la que los más fuertes imponen su ley a los más débiles; la sociedad debe corregir este estado de cosas y garantizar la independencia de los individuos: la absorción de funciones y de fines por el estado moderno, está confirmado toda motivación y la estructura perfecta y sórdida del Leviatan de Hobbes. Para Locke los seres humanos se inclinan espontáneamente a la vida pacífica y cuando entran en una sociedad no hacen otra cosa que reclamar al Estado la protección de la igualdad y la libertad; por donde llega a la conclusión de que cuando el Estado deja de cumplir esta función, la insurrección de los gobernados es permisible.

Lo que es común a las diversas actitudes políticas de estos filósofos, es la idea de una igualdad original de los seres humanos. Unos subrayan tal igualdad original en términos de la libertad, otros en términos de la independencia, otros en términos de la tendencia espontánea a la maldad y a la agresión. Rompen así con la concepción feudal del hombre, que afirma una desigualdad natural. Esto significa que para ellos las desigualdades que se establecen en el orden social son artificiales, tienen un origen humano y no se encuentran prefijadas en un esquema natural o divino. Para la mayor parte de ellos, las desigualdades son un defecto que debe ser corregido. Para algunos tales desigualdades representan una jerarquización necesaria y benéfica, la única forma como los hombres pueden organizarse en sociedad. Expresado en los términos más generales, puede decirse que para todos ellos la sociedad se organiza sobre la base de una condición humana que existe antes de que los hombres entren en sociedad: parten de una idea del hombre pre-social, de una esencia humana definida y establecida antes de la vida en sociedad. Aquellos que marcan con un signo positivo la esencia originaria del hombre -los que dicen que

el hombre es por definición libre e inclinado a la paz-, tienden a marcar con un signo negativo el orden social existente, por considerar que desvía al ser humano de sus más profundas inclinaciones. Los que marcan los orígenes con un signo negativo -aquellos que consideran originariamente maleada la condición del hombre-, tienden a marcar con signo positivo el orden social existente, por el solo hecho de que este orden hace posible la sociabilidad.

6. EL CAMINO DE LA POBREZA

Pues bien, si la nueva clase capitalista, para desplazar a la nobleza, promovió a través de sus filósofos e ideólogos el principio de la igualdad y logró convertirlo en un prejuicio popular, el orden burgués trajo consigo un nuevo tipo de desigualdad, que ya no se consideraba decidida por Dios ni inscrita en la sangre como destino ineluctable.

Las nuevas desigualdades sociales del sistema capitalista, se derivan de la ubicación de los individuos en relación con los medios de producción convertidos en capital: quienes poseían el capital eran los nuevos privilegiados; quienes carecían de capital, debían alquilarse como asalariados para acrecentar con su trabajo el haber de los primeros.

Pero ningún privilegio natural o teológico decidía la ubicación en uno u otro campo: los que decidían, eran el espíritu de empresa y la propia iniciativa, el esfuerzo, el ahorro y la inversión acertada. Todos eran iguales en principio y las desigualdades que se manifestaban en el terreno de la realidad social, resultaban de la iniciativa de los unos y del apocamiento de los otros. Las concepciones de la aristocracia quedaban al rezago, adormecidas en la crónica llorosa de sus glorias de antaño, cubiertas de una desvaída grandeza, "como esas familias venidas a menos que no tienen un centavo y están rodeadas orgullosamente de dulces e inútiles recuerdos".

Sin embargo, una vez que arraigó el régimen capitalista, resultó claro que por su dinamismo intrínseco imponía la proletarización de la mayoría de la sociedad y colocaba en manos de los menos las palancas de la economía: ya a mediados del siglo XIX se había revelado como un mecanismo que generaba profundas desigualdades. Peor aún, pronto resultó evidente que, a despecho de su aparente fluidez y de la ilusoria variedad de las oportunidades que brindaba a los individuos, cualesquiera

que fueran las iniciativas del conjunto de un pueblo, éste terminaba por dividirse en una élite de empresarios y el vasto ejército de trabajadores proletarios de que hablara Marx.

Bajo este enfoque, el régimen de producción fundado en la propiedad privada de la tierra y los equipos, que había surgido sobre las cenizas del régimen feudal proclamando la igualdad y la libertad, no había hecho más que sustituir una forma de desigualdad por otra.

Los filósofos del socialismo cumplieron la tarea de formular claramente, desde posiciones no religiosas unos y cristianas otros, la crítica del optimismo liberal. Ellos mostraron lo que tenía de abstracto la idea de la igualdad, de la libertad, de independencia de todos los hombres.

Si la idea de que los hombres eran por esencia iguales y libres, había sido arma teórica para combatir las desigualdades del régimen de casta que se presentaban como desigualdades derivadas de la naturaleza humana o de un designio divino, esa libertad y esa igualdad originales no debían ocultar la esclavitud y la desigualdad reales y concretas de la vida social en los marcos del nuevo régimen: esa libertad y esa igualdad originales, no debían ser tomadas como una suerte de consuelo estoico ante la miseria de la realidad histórica concreta.

Si el liberalismo afirmaba una libertad consubstancial al individuo y una igualdad original de todos los hombres, los socialistas insistían en mostrar las cadenas con que el capital sujetaba a los desposeídos y la desigualdad imperante en la sociedad. Si el liberalismo había surgido afirmando que todos los individuos son igualmente humanos en la lucha contra unos aristócratas que pretendían arrogarse para sí la dignidad de los hombres, el socialismo destacaba la inhumanidad real que entrañaba el orden existente.

Los socialistas llamaron abstractas y formales las libertades reivindicadas por la burguesía capitalista a través de sus voceros ideológicos, los teóricos del liberalismo. A la proclama: "todo el mundo puede elegir y ser elegido", los socialistas respondieron: "solo puede verdaderamente elegir quien tiene discernimiento, (que solo dan la cultura y la educación) para escoger de acuerdo con sus intereses y con las necesidades de la

comunidad. Las vastas masas sumergidas en la ignorancia, no tienen capacidad de elegir".

A la proclama: "todos tienen libertad de empresa, de comercio y de trabajo", los socialistas respondieron que para invertir libremente en una rama u otra de la industrial y el comercio, se necesita capital; y que para tener libertad de trabajo, sería necesario que las masas no estuvieran obligadas a ocuparse por un salario, so pena de la miseria y de la muerte.

El pensamiento socialista surgió así como una crítica sistemática del pensamiento liberal, al modo que éste había surgido antes como una crítica sistemática del pensamiento aristocrático.

6. EL HOMBRE EN LA TRAMA SOCIAL

Esto conduce al debate más candente de la filosofía moderna :

¿El orden social se explica a partir de la esencia de la persona humana? ¿O el individuo se explica a partir de las características del orden social? ¿La persona humana es el eje sobre el cual gira la sociedad? ¿O, la sociedad es el mecanismo que asigna su lugar al individuo y le confiere sus más importantes características? ¿El individuo es el centro en torno al cual gravita el sistema social? ¿O, el sistema social es el orden que fija la órbita de los individuos y preside la ley de sus rotaciones y desplazamientos?

Deliberadamente he planteado estos interrogantes en términos de sistemas de gravitación. La ciencia moderna -entendiendo por ella la que arranca desde el Renacimiento-, avanza en todos los campos detrás de las huellas de Copérnico. La humanidad, que apenas salía del medioevo, debió haber considerado como la más grave afrenta hasta entonces infligida a su orgullo y su soberbia, aquella teoría astronómica que negaba a su planeta el carácter de centro del universo y lo confería exclusiva y excluyentemente al ser humano.

Pero ese no fue sino el primer golpe a las pretensiones centristas del planeta como tal. Otros muchos golpes han tenido que padecer desde entonces esas pretensiones en todos los terrenos, incluidas las matemáticas. En este último campo, la "unidad" jugaba el papel del "individuo"; era el elemento indivisible a partir del cual se organizaban los conjuntos.

Las matemáticas modernas dicen que un conjunto (una suma, una multiplicación) no se comprenden a partir de los elementos o unidades que en él se combinan, sino que es el conjunto, entendido como forma de amalgamamiento de unos elementos o unidades, el que asigna su sentido a estos elementos, el que los define como partes agregadas, como multiplicandos o sustraendos. Aparte de una combinación o conjunto, la unidad es una abstracción vacía, absolutamente indeterminada.

Los que trasladan esta visión científica al plano de la sociedad, dicen del individuo lo que las matemáticas modernas dicen de la unidad. ¿Qué es un individuo considerado aparte del tejido combinatorio de la sociedad? Prácticamente nada, responden: una imagen vacía. ¿Es acaso posible, haciendo abstracción del conjunto social en que se inscribe, decir tal o cual cosa determinada del individuo, calificarlo con un adjetivo que especifique su esencia? Los que así interrogan comparten una concepción extremista que no tenemos porque aceptar, pero que conviene conocer en tanto esté en el centro de los debates de la filosofía contemporánea.

Marx dice que es el sistema capitalista, considerado como un mecanismo, como un conjunto en el sentido matemático, el que, de acuerdo con la ley de sus propios movimientos, asigna a los individuos sus funciones, los impulsa a actuar de tal o cual manera y les confiere sus características fundamentales. Los individuos no pueden tomarse como base para explicar nada; los actos humanos no explican los avatares de la economía, sino que es la economía, considerada como un mecanismo con sus propias leyes, la que empuja a los hombres a actuar de tal o cual manera.

Por ejemplo, no es porque los capitalistas inviertan más, por lo que se explica un auge económico: es porque el orden económico ha alcanzado un cierto ciclo que favorece la inversión. Así mismo, una crisis de mercado no se explica porque los individuos hayan reducido su propensión al consumo conspicuo y acrecentado su propensión al ahorro, sino porque el sistema capitalista conlleva un desequilibrio que termina por producir un exceso de la oferta sobre la demanda, y este desequilibrio impone a los hombres, en ciertos períodos del ciclo, una reducción forzosa de la demanda. Agregan los marxistas que el sistema o conjunto de las relaciones económicas en que los individuos se encuentran impli-

cados como una araña prisionera en los hilos de su trama, es el que explica a los individuos, el que motiva sus actos económicos: la inversión, el ahorro, la demanda.

No se trata de suscribir a fortiori este punto de vista. Tampoco se trata de rechazarlo a priori: se trata solamente de ilustrar una posición que define a los individuos en función de las relaciones sociales en que se encuentran combinados.

8. FILOSOFIA Y POLITICA EN LA ACTUAL COYUNTURA

Nada más complejo teórica y prácticamente, que combinar la sujeción a los principios con las necesidades de la acción.

Un partido político se define de una doble manera :

- * Por sus principios más generales, que podrían considerarse como sus posiciones filosóficas; y
- * Por el diagnóstico que haga, las soluciones o programas que formule en relación con la realidad económica y social; y por la praxis que vuelva realidad esos conceptos.

Todo partido puede considerarse así como una toma de posición filosófica realizada a escala de los principios y como una toma de posición política realizada a escala de programas de acción.

Decía que no es fácil combinar los principios y la acción; a saber, en efecto, que una adhesión rígida y estrecha a la letra de los principios, produce frecuentemente ceguera en relación con la realidad en que es preciso actuar. Es lo que se denomina "idealismo" o "subjetivismo". La realidad es, así, vista de acuerdo con un esquema ideológico, y lo que no está de acuerdo en este esquema, permanece **no visto**.

Al contrario, puede suceder que el afán de ser eficaz a toda costa, de ceñirse de manera inmediata a la realidad, conduzca a una desviación de los principios, lo que se denomina "realismo" o "pragmatismo". Este "realismo" puede conducir al éxito o al infortunio: en ambos casos la aventura política representa una lección, particularmente en el fracaso pues, según ha dicho alguien, en política como en el amor, sólo la mala

suerte enseña lo que es la suerte. Atenerse a la realidad sin olvidar los principios, y mantenerse fiel a los principios sin perder de vista la realidad, tal es la doble tarea teórica y práctica que todo partido político debe realizar si quiere cumplir una misión duradera.

El economista brasileño Celso Furtado afirma que, después del estancamiento que el "laissez passer" por un lado, y la esterilidad de la dialéctica de la lucha de clases han dejado, las únicas salidas que nos quedan son: o una acción rígida que mantenga el statu quo y aquiete a la fuerza las expectativas de la población, o el avance hacia el desarrollo en función del interés social bajo el liderazgo de movimientos políticos de gran amplitud, capaces de alterar las bases actuales de las estructuras del poder, que den respuestas prontas y adecuadas a las masas heterogéneas y ansiosas, y sean capaces de organizarlas y acrecentarlas sin perder unidad; y de conservar esa unidad sin transformarse en juguete en las manos de líderes personalistas.

9. EL CENTRALISMO COMO NEGACION DEL HUMANISMO

Algunas de esas respuestas -lo que vimos atrás que es la esencialidad de la política- consisten en dar a la comunidad su plena capacidad de decisión, en todo lo que de una u otra manera le concierne porque toca con sus intereses más hondos, con sus necesidades más sentidas. Por ejemplo, en abolir la concepción centralista que, en la práctica más que en la teoría, asfixia a la provincia y a los seres que la habitan. Porque el centralismo es una de las formas de subyugación antihumanística, puesto que convierte el poder en expresión interdictoria que cierra los caminos para la primacía de la realización comunitaria.

Es verificable con facilidad la constante de que cuando los partidos políticos no saben enfrentar el dilema entre el centralismo y la vigencia democrática, perciben que entran en camino de desaparecer. Es claro, sin embargo, que los términos en que se plantea ese desafío, suponen una previa ubicación en el espacio del mundo: la postura parroquial termina aniquilando cualquier posibilidad de conquistar la adhesión de las gentes.

Colombia ha sido escenario de una decisión política fundamental, que empezó a detener un proceso de decadencia: decisión política con el telón de fondo filosófico de la presencia de la dignidad humana en el centro de las nuevas instituciones en torno de la vida municipal.

La ruptura de un estado centralista y el rescate de un municipio preagónico, fueron el primer paso hacia el reencuentro de su destino por parte del establecimiento político. La elección popular de alcaldes está enmarcada en ese gran gesto de supervivencia, como todo paso audaz, con riesgos.

Sin embargo, la simple inacción frente a la crisis del centralismo, constituía por sí misma un riesgo de dimensión incomparable. Con el agravante de que la Colombia de los años 80, mostraba ya signos de creciente intolerancia con el aparato político tradicional. Resultaba claro que la indiferencia frente a la retórica política convencional, empezaba a trocarse en actitudes hostiles o, en el mejor de los casos, en escepticismo invencible.

Para cualquier analista de la realidad colombiana, resultaba claro que la encrucijada centralista comenzaba a cerrar el horizonte democrático. No obstante, desde la perspectiva de esa gran crisis se pueden percibir simultáneamente los conflictos acumulados, también los elementos que pueden contribuir a la atenuación de su potencial explosivo.

10. LA VOCACION DE LOS PARTIDOS

El primer paso debería ser, por supuesto, el de redescubrir la vocación histórica de los partidos políticos. Y para comenzar, es obvio que esa vocación no puede ir a remolque del inmediatismo. En la visión de corto plazo se ahogan irremediablemente las plataformas políticas, mucho más cuando se está frente a un mundo cuyo rasgo es el del cambio de cada día.

La realidad colombiana próxima el tercer milenio, contiene elementos que invitan al optimismo. Nuestra condición natural de país verde, con litorales en las dos cuencas oceánicas, -y en las otras dos cuencas del Amazonas y el Orinoco-; con enorme diversidad de regiones y con amplia distribución espacial de población urbana, brinda un escenario físico de inmensos potenciales. En ese marco aflora una incitación permanente a la creatividad política. No solo desde el punto de vista de las respuestas a los retos presentes, sino principalmente a la preparación para administrar el futuro. Los partidos políticos tienen en ese escenario sin límites, la oportunidad de multiplicar sus opciones y de conectarse a plenitud con el ritmo del mundo.

11. LA LEJANIA DEL MUNDO

Es fácil entender que en el ámbito cerrado en que Colombia vivió secularmente, nuestra visión no fue más allá de muy estrechas proyecciones. Pese a la stirpe de nuestros partidos emparentados con doctrinas de inspiración universal, fue difícil mantener contacto con un mundo cuya lejanía estaba marcada, más que por la incomunicación y las distancias, por nuestra inmadurez y por las limitaciones de nuestra pobreza. Por eso nuestros partidos fueron primordialmente retóricos, ideologistas, incompatibles muchas veces con el entorno social. En el mejor de los casos, se afirmaron en postulados que contribuyeron a crear democracias fuertes en otras latitudes, pero se desdibujaron en la nebulosa de nuestra democracia imperfecta.

Tenemos que aceptar que las formas deseables de la estabilidad política, son inherentes a un desarrollo que brinde oportunidades de bienestar para todos. La inequidad genera injusticias y éstas desquician las bases para la paz social. El círculo vicioso de la pobreza está conectado con el que se expresa en las dificultades para alcanzar la madurez política. Y tenemos que reconocer que ese primer círculo infernal, termina procreando los gérmenes que cierran el paso a la democracia.

El papel de los partidos políticos en un estado democrático, está precisamente en no dejar crear el dilema entre totalitarismo y anarquía, ambas expresiones irracionales de los ideologismos, ambas alternativas que afloran cuando se abandona el ejercicio racional de la política, o cuando las energías se distraen en la escaramuza circunstancial.

12. UNA VISION CON ESPERANZA

Aún dentro de lo que pudiera parecer una visión negativa de la trayectoria política colombiana, es fuerza reconocer la existencia de una continuidad. Una simple comparación con las democracias avanzadas, presenta fenómenos estimulantes, no solo en cuanto al concepto temporal, sino principalmente en cuanto al tamaño de las dificultades vencidas. Varias veces he dicho que a nuestros países les ha correspondido vivir la revolución post-industrial sin haber pasado por la revolución industrial, con el agravante de que, -a diferencia de los países desarrollados,- el proceso de urbanización acelerada agigantó aquí los desequilibrios sociales e hizo infinitamente más difícil el manejo político de los desajustes

de estructura. Haber podido sobrevivir, así sea como democracias imperfectas, es *per se* un logro formidable.

Mirando el futuro se presenta un panorama incitante. Colombia ha llegado a un nivel de crecimiento demográfico tolerable; y al terminar el siglo, el control sobre los problemas del desarrollo no tendrá el ahogo de una población desbordada.

No podemos ignorar, desde luego, que el fenómeno de la revolución de las expectativas crecientes, se ha constituido y continuará afirmándose como el hecho social más relevante en las postrimerías del siglo XX. Sin embargo, ahí puede residir la doble posibilidad de encontrar las más conflictivas situaciones, o de convertir esa inconformidad en la forma para despertar los más grandes potenciales de creación y de fuerza impulsora. De nuevo, hay allí oportunidad para construir sobre esas expectativas crecientes, una teoría de la dinámica social. Un partido político moderno no podría dejar de escribir ese capítulo.

13. MAS ALLA DEL LOCALISMO

Es evidente que la validez de la teoría política debe probarse confrontándola con los problemas de la gente común, la misma que hace la materia prima de nuestra identidad nacional.

Sin embargo, más allá de nuestras fronteras se generan muchas de las causas determinantes de nuestro destino político: al margen de nuestra voluntad, las superpotencias se distribuyen sus áreas de influencia, deciden sobre el volumen de sus arsenales, montan y desmontan las líneas infernales de sus armas nucleares. Simultáneamente se distribuyen los espacios de influencia y transfieren sus áreas de conflicto y sus objetivos básicos a nuestros territorios. Así se crean las ficciones de una paz mundial sobre la injusticia de eliminar los misiles nucleares en las fronteras que separan a los países ricos, pero atizando simultáneamente los conflictos que victimizan a una población mayor de la que celebra los albores de un "desarme" que los libera del fantasma del holocausto nuclear. ¿No es este tema para que nuestros partidos políticos se aproximen al mundo, llegando inclusive a inducir a los partidos políticos de los países desarrollados para que impongan rectificaciones en el obsesivo propósito de manejar el destino mundial a espaldas de las dos terceras partes de la humanidad?

De igual modo, la cosmovisión política debe aproximarse a las posibilidades de la ciencia y de la tecnología, al dominio de la informática, a la participación efectiva de los esfuerzos exploratorios de las profundidades marinas y a su defensa como patrimonio de la humanidad.

Cada uno de estos objetivos, que parecerían lejanos, revierte sobre el escenario más próximo a nuestra percepción del ámbito nacional. El destino del municipio y de la región, la evolución de nuestras ciudades, la preservación del equilibrio ambiental, la defensa de nuestro patrimonio histórico, y, en una palabra, la nación colombiana será lo que nosotros queramos que sea. Y desde luego, será la imagen que traigamos de regreso del mundo.

14. LAS SITUACIONES REPRESADAS

La dirigencia política colombiana tuvo un gesto de lucidez singular, cuando conscientemente propició en el parlamento, una reforma política tan profunda como la que consagró al Arco Legislativo número 1 de 1986 y las leyes que definieron los estatutos básicos y el régimen fiscal para los entes territoriales, concretamente al transferir capacidad de decisión a la vida municipal, al darles instrumentos jurídicos y recursos a los municipios.

Es estimulante y visionario haber llegado a un consenso social y político que definiera con tanta clarividencia el rumbo de la nación. A partir de esa nueva estructura de voluntad colectiva de supervivencia, que indica lo que se alcanza con diálogo y entendimiento, caben todas las esperanzas. Al contrario, también puede darse paso a un proceso de confusión y aún de disolución si llega a cegarse esa fluidez; con la cual se han resuelto situaciones represadas por formas antiguas de centralismo.

Restablecer el contacto entre el ciudadano y la realidad concreta de un municipio con capacidad para actuar, es devolver el piso a un cuadro de relaciones que se estaba aproximando peligrosamente a lo que en el lenguaje cósmico se denomina el agujero negro, que atrapa y deja sin salida posible en su oscuridad insondable: en esa trampa mortal puede caer cualquier democracia descarriada.

